



En una pequeña pensión de la Costa Azul, donde me alojaba en aquella época, diez años antes de la guerra, había estallado en nuestra mesa una violenta discusión que de golpe y porrazo amenazaba con degenerar en un conflicto frenético e incluso en rencor y en insultos. La mayoría de las personas tienen una imaginación mediocre. Si algo no las afecta directamente, si no se incrusta de forma intrusiva hasta el fondo de sus sentidos como una cuña afilada, apenas consigue provocarles nada, pero si un día algo ocurre justo delante de sus ojos, directamente junto a su corazón, aunque solo sea un incidente insignificante, despierta en ellos al instante una pasión exagerada. Entonces suplen su escasez de empatía, por así decirlo, con una vehemencia desproporcionada y fuera de lugar.

Así fue también aquella vez entre los comensales de nuestra mesa, burgueses consumados, que en general practicaban tranquilamente la charla trivial y

las bromitas superficiales entre ellos, y la mayoría de las veces esa charla se desmoronaba en cuanto se daba por terminada la comida. El matrimonio alemán volvía a sus excursiones y a la fotografía amateur, el danés rollizo a la aburrida pesca, la distinguida dama inglesa a sus libros, el matrimonio italiano a sus escapadas a Montecarlo, y yo a holgazanear en un sillón del jardín o a mi trabajo. Esa vez, sin embargo, nos quedamos enzarzados en aquella ensañada discusión; y si alguien se levantaba de la silla de repente no era para despedirse educadamente, como de costumbre, sino por un encarnizamiento acalorado, que, como ya he dicho antes, llegaba incluso a tomar proporciones alarmantes.

El acaecimiento que había alterado en tal medida nuestra pequeña mesa redonda era bastante extraño, desde luego. La pensión en la que nos alojábamos los siete desde fuera podía verse como una villa aislada —ay, ¡qué maravillosa era la vista desde las ventanas sobre la playa salpicada de rocas!—, pero en realidad no era otra cosa que las dependencias más asequibles del gran Hotel Palace y estaba conectada directamente con este a través del jardín, de

modo que los residentes viviámos en contacto permanente con sus huéspedes. Pues bien, el día anterior el hotel había sido el escenario de un perfecto escándalo. Ocurrió que, en el tren del mediodía, a las doce y veinte minutos (no puedo menos que dar la hora con tanta precisión porque es importante para este episodio, así como para el tema de esa encendida discusión), había llegado un joven francés y había alquilado una habitación con vistas al mar, que daba directamente a la playa; esto ya de por sí indicaba una cierta condición de opulencia. Pero no solo lo hacía atractivo su discreta elegancia, sino sobre todo su extraordinaria belleza, absolutamente simpática: en el centro de un fino rostro de muchacha, un sedoso bigote rubio abrazaba unos labios cálidos y sensuales, unos cabellos castaños y ondulados se enroscaban sobre la frente blanca, unos suaves ojos acariciaban con cada mirada; todo en su ser era suave, insinuante, encantador, pero sin nada de artificialidad ni afectación. De lejos, a primera vista, también recordaba un poco a aquellas figuras de cera rosadas que hay en los escaparates de las grandes tiendas de moda, altivas, con un bastón de ador-

no en la mano, que representan el ideal de la belleza masculina; pero esa impresión afectada desaparecía en cuanto uno lo observaba más de cerca, porque en este caso (¡un caso rarísimo!) el encanto era natural e innato, como si emanara de su piel. Saludaba a cada uno al pasar, de una manera tan cálida como discreta, y era realmente un placer observar cómo su donaire, siempre dispuesto, se manifestaba espontáneamente en cualquier ocasión. Acudía corriendo cuando una señora se dirigía al guardarropa a buscar su abrigo, tenía una mirada cariñosa o una broma a punto para cada niño, resultaba afable y prudente al mismo tiempo; en resumen, parecía una de esas personas bendecidas que, a partir esa sensación demostrada de ser agradables a los demás gracias a su rostro luminoso y su encanto juvenil, convierten esta seguridad otra vez en gentileza. Entre los huéspedes del hotel, ancianos y enfermos en su mayoría, su presencia era como un bálsamo, y con aquel ímpetu victorioso de la juventud y aquel torrente de soltura y vivacidad con que el encanto dota tan deliciosamente a algunas personas, se había ganado sin resistencia la simpatía de todos. A las dos

horas de su llegada, ya estaba jugando al tenis con las dos hijas del orondo y corpulento fabricante de Lyon: Annette, de doce años, y Blanche, de trece; y su madre, la fina, delicada y absolutamente reservada madame Henriette, observaba sonriendo la espontánea coquetería con que flirteaban sus dos hijitas inexpertas con el joven desconocido. Por la noche estuvo de espectador durante una hora junto a nuestra mesa de ajedrez y entretanto iba contando alguna divertida anécdota sin importunar; después salió a pasear un rato arriba y abajo por la veranda del hotel con madame Henriette, mientras el marido de esta jugaba como siempre al dominó con un amigo de negocios; a última hora de la noche, aún pude verlo conversando de un modo sospechosamente íntimo con la secretaria del hotel en la oficina a oscuras. A la mañana siguiente, se fue a pescar con mi compañero danés y demostró unos conocimientos asombrosos, después estuvo conversando mucho rato sobre política con el fabricante de Lyon y también en eso resultó ser un buen conversador, pues las carcajadas del voluminoso señor se oían resonar por encima del embate de las olas. Después de comer —es

absolutamente necesario que indique con tanta precisión todas estas fases de su jornada para que se comprenda la situación— se sentó otra vez durante una hora a solas con madame Henriette para tomar café en el jardín, volvió a jugar al tenis con sus hijas, charló con el matrimonio alemán en el vestíbulo. Luego, a las seis, cuando iba a enviar una carta, me lo encontré en la estación. Vino a mi encuentro a toda prisa y me contó, como si tuviera que excusarse, que le requerían urgentemente, pero que volvería dentro de dos días. En efecto, por la noche se ausentó del comedor, pero solo en persona, pues en todas las mesas se hablaba únicamente de él y se elogiaba su carácter encantador y alegre.